

**LA NOCHE
DE LAS TRES SULTANAS
(... ADIÓS A LA ALHAMBRA)**

**Miguel Javier
Dean Guelbenzu**

**LA NOCHE
DE LAS TRES SULTANAS
(... ADIÓS A LA ALHAMBRA)**

**ESDR JULIA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, enero 2020

© Miguel Javier Dean Guelbenzu, 2020

© Esdrújula Ediciones, 2020

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: José Villena

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1482-2019

ISBN: 978-84-17680-32-9

Impreso en España · Printed in Spain

Preámbulo: La conferencia

LA NOCHE DE LAS TRES SULTANAS... Adiós a la Alhambra.

Conferencia inaugural del ciclo:

«Las historias y las leyendas de Granada:

Los últimos días del Reino Nazarí».

Por el profesor Dr. D. Abundio Mesa.

Este cartel llamó mi atención. Los domingos por la mañana acostumbro a sentarme en un velador del Café Central para leer los periódicos y suplementos dominicales, casi siempre con un buen vermut casero y su correspondiente tapa. Justo a la entrada, en el gran tablón de corcho donde se suelen anunciar sobre todo actividades culturales, este sencillo reclamo me interesó: Alhambra, sultanas, leyendas, historias, Reino de Granada... ¡Palabras mágicas! Sonaba muy bien.

Desde muy joven, disfruto con la historia porque potencia mi curiosidad. Con frecuencia, al visitar los barrios viejos de las ciudades, castillos medievales, palacios de antiguas dinastías o, simplemente ruinas interesantes, fantaseo viajando en el tiempo para asistir, en primera persona, a los acontecimientos que en estos sitios ocurrieron, y convivir con los personajes que allí habitaron.

Llevo varios meses viviendo en Granada, el trabajo me ha traído a esta preciosa ciudad. Así, he tenido la oportunidad de conocer *in situ* uno de los enclaves más bonitos e interesantes de esta tierra: la Alhambra.

Hace muchos años, aún era un chaval, realicé con mis compañeros de instituto una visita escolar a la Alhambra. Aquel día

tuve contacto por primera vez, no solo con su arquitectura, sino también con sus leyendas, misterios, historias y los personajes que moraron allí. Desde entonces se creó en mí un fuerte interés, casi una fascinación por «La Roja» (*Al-Hamra*)

Por supuesto, he leído todo lo que ha caído en mis manos sobre la historia de la Alhambra, los sultanes de la dinastía nazarí, sus pobladores, y he regresado al recinto muchas veces para empaparme de su atmósfera arcana. He tenido la oportunidad de disfrutar de interesantes visitas guiadas por especialistas, que me han descubierto muchas de las caras ocultas del monumento. Pero para saborear el aroma y belleza de sus jardines, en los que el agua y los pájaros llenan con sonidos inimitables, lo mejor es acudir en soledad, acompañado de un buen libro, y disfrutar del encanto de la Alhambra a la sombra de alguno de sus rincones solitarios... como describía el poeta medieval:

Y la Alhambra (¡Dios vele por ella!)
es un rubí en lo alto de esa corona.
Granada es una desposada cuya corona es la Sabika,
y cuyas alhajas y vestiduras son las flores...
Su trono es el Generalife;
su espejo la faz de los estanques;
Sus arracadas los aljófares de la escarcha.*

Por todo esto, el cartel anunciador de la conferencia me interesó mucho y, por supuesto, no iba a perder la oportunidad de aprender algo más sobre uno de mis temas favoritos. Mi natural impaciencia me hizo llegar temprano, y fui de las primeras personas que accedieron al local. Aún faltaban quince minutos para empezar la conferencia.

* Ibn Zamrak, poeta y cortesano nazarí. Traducción de Emilio García Gómez.

De pie, junto al atril de madera que debía ocupar el profesor Abundio, contemplé a un elegante caballero de avanzada edad, enjuto pero de aspecto saludable. Sus ojos vivaces, tras unos anticuados quevedos de oro, quedaban enmarcados en unas tupidas cejas blancas que contrastaban con su falta total de cabello, y una tranquila sonrisa iluminaba un rostro muy agradable. Su aspecto en general, a pesar de su baja estatura, era muy armonioso, y su porte distinguido emanaba calidez y seguridad. Estaba en animada conversación con uno de los organizadores del evento, al que ya conocía de anteriores ocasiones. Al verme entrar, el viejo profesor dejó de hablar y me miró fijamente mientras me acercaba a las primeras filas. Quería sentarme en un lugar discreto, pero su expresión amigable invitaba a aproximarse a los conversadores. Saludé al organizador que suponía iba a abrir el acto y me presentó al conferenciante. El profesor sacudió con una energía impropia de su edad la mano mientras, sonriente, no dejaba de mirarme con curiosidad.

—¿Nos conocemos? —pregunté sabiendo que jamás le había visto.

El profesor, con voz tranquila y suave acento oriental me dijo:

—Nunca se sabe ni cuándo ni en qué cruce del camino dos viajeros se encuentran sin remedio.

Su respuesta enigmática me sorprendió, no sabía muy bien a qué se refería. Sin embargo, un halo de paz y cercanía emanaba de su mirada tranquila e inteligente, y sentí deseos de conocerle mejor.

Ya casi era la hora y el presentador pidió a los asistentes que tomáramos asiento. Conseguí un buen sitio desde donde seguir el contenido de la charla. El profesor Abundio, con voz clara y rotunda, comenzó a hablar demostrando un conocimiento profundo de la historia.

La «Noche de las Tres Sultanas» hacía referencia a un acontecimiento que pudo ocurrir entre el 2 y el 5 de enero de 1492, en

el castillo de Mondújar, a las pocas horas del abandono de la Alhambra por sus últimos moradores nazaríes.

Según el conferenciante, no se han encontrado documentos que avalen este encuentro, aunque es muy posible que así ocurriera de acuerdo con el desarrollo de los acontecimientos. Su tesis se basaba en distintas crónicas y referencias de la época y aun posteriores.

Empezó haciendo un rápido repaso de la última época del Reino de Granada durante la conquista cristiana, mencionando especialmente a los principales protagonistas de esos años. En primer lugar habló de los tres últimos sultanes que reinaron en la Alhambra: Muley Hacén, su hermano El Zagal y su hijo, el desdichado Boabdil. A continuación, dando título a la conferencia, hizo referencia a las tres sultanas que ocuparon el trono en esos años: Aixa, la primera mujer del Muley y madre de Boabdil, Zoraya o Isabel de Solís, la cautiva cristiana amante de Muley Hacén quien, tras repudiar a su mujer la elevó al sultanato, y Morayma, la mujer de Boabdil que realmente fue la última sultana de la Alhambra.

Se hizo especialmente interesante la descripción de los tan diferentes temperamentos de cada una de estas tres damas. Aixa, mujer dominante, áspera, enérgica y de fuerte carácter, muy celosa del papel que Muley había concedido a su rival, que hizo peligrar gravemente el acceso al trono a su hijo Boabdil. Zoraya, bella joven que, con tan solo trece años, había cautivado el corazón del sultán (que era 25 años mayor que ella), consiguiendo que repudiase a su primera familia y obsesionada en que su hijo mayor heredase el trono en detrimento de Boabdil. Y finalmente la joven y tierna Morayma, de carácter débil y apocado, siempre sometida a su suegra Aixa, y a las ausencias de su marido, Boabdil.

Al terminar, expuso su tesis sobre que las tres mujeres debieron coincidir en el castillo de Mondújar en los días siguientes a la pérdida de la Alhambra. Encuentro que debió ser muy sonado

por las notables diferencias entre ellas, aunque insistió en que no existe reseña alguna sobre lo que allí realmente ocurrió.

Estaba sentado en el centro de la tercera fila y el profesor parecía que se dirigía solamente a mí. Es corriente que los oradores durante las conferencias, miren preferentemente a un punto fijo y seguro que este era el caso, pero por momentos tenía la extraña sensación de estar él y yo solos en el salón.

Al finalizar la disertación, me acerqué emocionado al conferenciante, que de cerca parecía mucho mayor, aunque ciertamente se le veía en plena forma. Tras felicitarle le solicité bibliografía y documentación sobre su exposición, porque deseaba volver a recordar y estudiar todos los sucesos y personajes que, de manera tan interesante y exhaustiva, había descrito.

El doctor complacido y tras comprender que el interés era sincero, accedió a hacerlo no sin antes repetirme lo que señaló en su charla: que su relato, aunque basado en personajes y acontecimientos reales, era fruto de un análisis de hechos y leyendas verosímiles pero hipotéticas. Su trabajo podría contener algunas situaciones inexactas, puesto que no era posible contrastar sus teorías por la escasa documentación histórica disponibleⁱ. Aunque él, erudito en la materia, creía que los hechos podían resultar muy cercanos a como él los había descrito.

Estuvimos hablando largo rato sintiendo desde el principio una gran afinidad. Me trataba con gran confianza, como si nos conociéramos de toda la vida y el tiempo se nos fue volando. Le pregunté el porqué de su interés por la historia de los Nazaríes y me confesó que su antecesor había sido expulsado de Granada en 1609 con todos los moriscos y desde entonces, en su familia se mantenía una especial atracción hacia ésta tierra y su historia. Incluso se guardaba celosamente desde entonces, un juego de llaves que en su día abrían las puertas de la antigua casa del Albaicín, aunque desconocía si aún permanecía en pie.

Él seguía siendo musulmán, pero estaba lejos de los planteamientos intolerantes y exaltados de ciertos movimientos como el talibán, y de interpretaciones ultraconservadoras como las del salafismo; personalmente se consideraba más cercano a las tesis humanistas. Los musulmanes liberales, me contó, por supuesto que tienen respeto por el Corán, la vida de Mahoma, el ejemplo de los primeros musulmanes y la Sharia, aunque no la interpretan literalmente. Replantan su sentido para adaptarlo a la vida moderna.

Seguimos conversando sobre el enfrentamiento de religiones en tiempos de la Alhambra y convenimos que el fanatismo religioso era mucho más fuerte entre los cristianos medievales que entre los musulmanes nazaríes. Éstos eran en aquella época, mucho más cultos y refinados que sus contrincantes y sin embargo, 500 años después, el escenario es diferente. Hoy en día, es más frecuente hallar fanatismos e intolerancias entre los musulmanes que entre los cristianos.

Hablando de todo esto se nos hizo muy tarde y me sugirió seguir la conversación al día siguiente. Estaba de paso en Granada y no conocía a nadie, pero tenía que regresar pronto a su casa de Toledo. En ese momento me cedió sus notas de conferenciante y un cuadernillo donde había anotado la bibliografía que utilizó para la charla. Prometió facilitarme más documentación de la que tenía en el hotel. No sabía cómo agradecersele y le propuse vernos la tarde siguiente y tomar un té en una de esas teterías árabes de la calle Calderería. Le gustó la idea pues ya conocía sus estancias recovecas, y le pareció un lugar muy adecuado para la charla tranquila y rodeada de un cierto embrujo oriental.

Estaba encantado con la posibilidad de volver a verle, había algo en aquel profesor que me fascinaba. Además de unos conocimientos profundos sobre la historia, todo su ser emanaba un

halo de sabiduría, clarividencia y serenidad que no parecía pertenecer a estos tiempos tan acelerados. Me recordaba mucho, en su forma tan lúcida de exponer sus tesis, a mi admirado antiguo mentor en la universidad, el profesor Sampedro.

Quería corresponder a su amabilidad pero no sabía qué podía interesarle. Pensé que, como daba conferencias por todo el mundo, le sería útil un puntero láser con control remoto para sus presentaciones. Conseguí en una vetusta papelería, un precioso estuche de buena madera labrada y forrado de terciopelo rojo, en la que coloqué un juego de escritura de plata. Le añadí el moderno puntero que, milagrosamente, no desentonaba.

Nos volvimos a encontrar el día siguiente a la salida de mi trabajo, y tras una larga charla muy amena, ante mi sorpresa, me ofreció una carpeta de cuero, oscurecida por el uso durante años.

—Para mí está resultando muy interesante nuestro encuentro —me dijo— y quiero que tenga en su poder la documentación que he utilizado para preparar la conferencia de ayer. Alguno de estos documentos son copias de los manuscritos que mi antecesor se llevó con él cuando salió de Granada.

Me quedé tan sorprendido que no sabía cómo reaccionar. En principio me opuse porque me parecía excesivo, pero insistí diciendo que ya no lo iba a necesitar más. Al despedirnos le di mi obsequio. No se lo esperaba, y quedó tan complacido que para corresponder me ofreció, con mucho ceremonial, un colgante que llevaba al cuello. Comentó que era una tradición familiar el corresponder a un obsequio sincero, con otro del mismo rango; afirmó que era un antiguo amuleto islámico y que lo cedía porque, si seguía interesado por la historia de las tres sultanas, podría resultarme de mucha utilidad.

En ese momento no di la importancia a sus palabras, pero sentí una especial atracción por esa extraña pieza, casi de museo,

que trasmitía hipnóticamente una confortable sensación de tranquilidad. Parecía una buena idea el mantenerla cerca y pensé que lo mejor sería utilizarla como llavero y así poder llevarla siempre conmigo en el bolsillo.

Nos despedimos muy afectuosamente y le pedí su dirección o un teléfono para mantenernos en contacto. Comentó que en esos momentos estaba cambiando de domicilio y aún no tenía sus nuevas señas, pero que podía escribirle a un apartado de correos en Toledo.

—Le parecerá extraño y anticuado —explicó— pero soy muy partidario de la comunicación cara a cara, o en caso de que la distancia no lo permita, de la tradicional correspondencia manuscrita. Nunca he tenido un teléfono móvil, ni por supuesto utilizo eso que llaman «redes sociales». Considero que mi intimidad es demasiado valiosa como para permitir que cualquiera pueda violarla sin mi permiso y cuando menos lo espero. Le prometo que en cuanto tenga mi nueva dirección, se la comunicaré para retomar estas conversaciones tan interesantes.

Le dejé mi tarjeta con mis datos personales, teléfono y e-mail, pidiéndole que, por favor, no dejara de comunicar, cuando lo supiera, sus nuevas señas. Sonriendo enigmáticamente comentó:

—No se preocupe, querido amigo, usted volverá a tener noticias mías. Le sugiero que visite el castillo de Mondújar; allí le puede resultar muy útil esta documentación que le entrego.

Nada más llegar a mi casa, abrí intrigado la carpeta y encontré un gastado cuaderno con muchas páginas manuscritas y una buena cantidad de fotocopias de pergaminos, algunos parecían muy antiguos, casi todos relacionados con el castillo de Mondújar y sus habitantes. Había también planos y dibujos, algunos de ellos en árabe. ¡No podía creer lo que tenía entre mis manos!

El colgante, desde luego parecía antiguo. Era como una alargada y desgastada barrita de metal grisáceo que podría ser plata,

labrada con arabescos y lacería similares a los que decoran abundantemente las paredes de la Alhambra.

Mi encuentro con el profesor Abundio ha sido determinante a la hora de escribir estas páginas. Desde luego lo considero culpable de todas las cosas que desde aquel día ocurrieron. Conocerlo potenció el inicial interés por saber más sobre los personajes y la historia de la Alhambra, las ganas por aclarar lo que había de verdad y de fantasía sobre lo que allí sucedió y, sobre todo, por empujarme hacia el castillo de Mondújar y su leyenda.

Este relato, que a continuación paso a exponerles, es por tanto fiel reflejo de lo que viví en los días posteriores a la conferencia y de mi búsqueda de la verdad en la historia de los últimos sultanes nazaríes de Granada.

El último capítulo, que da título a esta historia: «La Noche de las Tres Sultanas», se escribió tras unas desconcertantes pero muy interesantes jornadas, plenas de entrevistas y descubrimientos, algunos de ellos inexplicables desde el punto de vista de la razón. La acción se sitúa en el castillo de Mondújar, a las pocas horas del abandono de la Alhambra por sus últimos moradores nazaríes. En él se narra el inevitable y difícil encuentro, bajo un mismo techo, de las tres últimas sultanas que reinaron en Granada: «La enérgica y fuerte Aixa», «la tierna y dulce Morayma», y la «intrusa y sensual Zoraya», o Isabel de Solís, nombre cristiano de la excautiva. Tres mujeres muy diferentes en edad, origen, caracteres y experiencias, que habían mantenido gravísimos enfrentamientos en el pasado.

I

El castillo de Mondújar

Aquella noche me quedé relejendo hasta muy tarde los documentos recién adquiridos. Describían un lugar donde la noche del 3 de enero de 1492, las tres últimas sultanas de la Alhambra, Aixa, Zoraya y Morayma, se habían encontrado por primera y última vez en el castillo de Mondújar, cuyas ruinas se encuentran a poco más de 30 km de Granada, en la autovía de la costa.

Enseguida deseé conocer el escenario de la historia, pero por motivos de trabajo, tenía que hacer un viaje y tardaría unas semanas en volver. Aproveché el tiempo para adquirir algunos libros sobre la historia de los nazaríes y descubrir más datos sobre los personajes principales.

Cuando regresé a Granada, retomé el interés en conocer el castillo y al día siguiente, a última hora de la mañana, dirigí el coche hacia el pueblo de Mondújar para contemplar in situ las ruinas de su fortaleza.

En los papeles del conferenciante había leído:

El castillo-palacio de Mondújar había sido erigido como regalo de bodas por el propio sultán Muley Hacén a Zoraya, su segunda mujer, que pasó a ser la nueva sultana de la Alhambra en detrimento de la repudiada Aixa, la madre de

Boabdil. A pesar de su pequeño tamaño, en comparación con otras construcciones similares de la época, su aspecto exterior de fortaleza no hacía imaginar que el interior contase con todo lujo de detalles para el confort y disfrute de sus habitantes. La planta, bastante más larga que ancha, se organizó de un modo desordenado y caprichoso (polígono irregular), para adaptarse al terreno.

Al acceder el visitante al interior, por un pasillo formado por una fuerte puerta de doble recodo en rampa y tras dejar una estancia destinada a la guardia y otra un poco mayor de servicio, se encontraba de frente con el patio central. Allí, el sonido de la fuente en medio de la alargada alberca y los aromas de jazmines y arrayanes que la rodeaban, seducían los sentidos.

Dejando atrás la alberca, en una esquina del patio se ocultaba un pequeño oratorio con un suntuoso *mihrab* copiado del palacio de Damasco y unos pasos más allá, cruzando un doble arco de mocárabes, aparecía el salón del sultán, recogido pero decorado a semejanza del salón de embajadores de la Alhambra.

Bajo la cúpula policromada y a tres lados de la sala se encontraban tres cámaras hendidas en el espesor de los muros. En cada una de ellas se abrían balconadas que recordaban al mirador de Lindarajaⁱⁱ, desde donde se divisaban el verde paisaje del valle de Lecrín o de las cercanas montañas.

La luz era un elemento principal de la estancia pues entraba a raudales por los ventanales y la puerta. En las tacas situados a ambos lados de la entrada, solían colocarse inciensos y perfumes que envolvían al visitante con sus aromas.

A las habitaciones privadas del castillo se accedía desde la esquina más alejada del patio, por una escalera de caracol.

Los que tenían el privilegio de visitar en los sótanos el baño termal, disfrutaban de un entorno sereno y cálido, donde los vapores olorosos y la paz del momento, ayudaban a la tertulia y la intimidad.

Los jardines que rodeaban la colina se descolgaban por las laderas en escalonadas paratas, llenas de frutales, almendros, hortalizas y árboles de sombra, colmando la atmosfera de trinos de pájaros, fragancias de mil flores y el intenso olor de las plantas aromáticas y medicinales.

Las aguas que saltaban por los arriates y acequias, venían desde las próximas sierras y eran parte del sistema de regadío, que dotaba de la necesaria humedad a los árboles, huertos y plantas. Los jardines y regachos habían sido diseñados y construidos por el jardinero real, y eran una copia de los huertos ajardinados de la almunia nazarí de Vélez de Benaudallaⁱⁱⁱ, a pocas leguas de distancia.

Para garantizar el suministro del agua de consumo y regadío, se había diseñado un gran aljibe en lo alto, frente al acceso al castillo, que se surtía de la acequia principal que bajaba desde los cercanos montes.^{iv}

No estaba descuidada la fortificación del castillo, puesto que sus muros de adobe y piedra y lo escarpado de la peña que cimentaba la fortaleza, garantizaban la defensa en caso de cualquier acometida.^v

Pero la mejor estancia del castillo fue el delicado tocador de Zoraya, situado en un gracioso torreón de la planta alta, desde donde se divisaba la panorámica del Valle de Lecrín y que por su elegancia y decoración competía con el mismísimo «Peinador de la Reina», en el palacio granadino. Allí había pasado la antigua cautiva las mejores y las peores horas de su vida, desde la alegría y felicidad de sentirse amorosamente rodeada de su esposo y de sus dos hijos Saad y Nasr,

a la tremenda amargura de la agonía y muerte del sultán y la posterior soledad de sentirse abandonada por todos.

Llevaba conmigo la cámara fotográfica con la intención de hacer un reportaje de las ruinas, y después de conducir unos treinta kilómetros, abandoné la autovía de Motril por el acceso a Mondújar. Un cartel me indicaba la dirección del castillo.

Enseguida llegué hasta un olivo, grande y vetusto, testigo casi con total seguridad de lo que ocurrió allí hace más de quinientos años. Aparqué a su sombra, en el ensanche del camino de tierra que comunica el pueblo con las parcelas agrícolas. Ya estaba a los pies de la inhóspita colina donde se asentaban las ruinas del castillo.

¡Qué diferente se veía hoy todo el entorno! Tantos siglos de abandono habían pasado, quizás, una factura excesiva.

Inicié la subida trabajosamente, pues el sendero era empinado y pedregoso.

El calor de aquella tarde de verano no invitaba al esfuerzo, y solo se escuchaba el rumor de las chicharras y del áspero viento.

No había un alma en kilómetros a la redonda.

Al cabo de veinte sudorosos minutos, me senté al pie y a la sombra de la ruinosa muralla medieval.

El corazón me latía rápido por el ejercicio y con muchas ganas, eché mano de la botella de agua mineral que llevaba en la mochila. Mientras daba cuenta de un bocadillo que previsora-mente había preparado para la ocasión, volví a releer los documentos de la carpeta en lo que se referían al castillo.

Identifiqué con facilidad la antigua entrada, casi obstruida, al pie de la derruida torre, y delante el aljibe principal cubierto de vegetación, ya seca por el estío,

Incluso se podría adivinar la vereda por donde, en su día,

debió transcurrir la acequia principal desde los montes cercanos hasta el pie del castillo.

Cuando intentaba identificar el resto de los elementos descritos por el conferenciante, se levantó una leve brisa acogedora y poco a poco, aunque no suelo dormir la siesta, empecé a sentir cómo el sueño se iba apoderando de mí.

Adormilado, escuché una larga parrafada en árabe de una voz trémula que parecía salir de detrás de la muralla en que la me apoyaba, que me despertó sobresaltado.

—¿Hay alguien ahí? ¿Quién es? ¿Oiga?... ¡No le entiendo!

Tras unos segundos de silencio, la voz cascada resonó de nuevo:

—*Al-Salamu alay-kum*, gentilhombre, perdón, no tema, solo soy una anciana perdida. No sé dónde estoy y... ¡este calor me está matando de sed!

Turbado por la inesperada irrupción, me acerqué hasta la entrada al recinto amurallado, y tras sortear unos escombros que obstruían en parte el antiguo recodo, accedí a una zona más despejada que probablemente en su tiempo, formaba parte del patio de la fortaleza. Allí, de pie pero terriblemente encorvada sobre un rugoso cayado de madera, me encontré de frente con una mujer de apariencia muy longeva, vestida totalmente de negro. Se cubría la cabeza con un *hiyab* que dejaba asomar unos ojos profundos, rodeados de arrugas que no ocultaban una mirada firme y segura. Su rostro, a pesar de la incómoda situación, transmitía serenidad y su gesto no ofrecía desconfianza.

Superando mi inicial recelo, acerqué la botella de agua a la anciana quien, con mano temblorosa, la apuró con ansia derramando parte del líquido por su barbilla y garganta. Mientras secaba su rostro con el dorso de una mano huesuda y renegrida, acerté a farfullar.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?... ¿De dónde ha salido?

Contempló con curiosidad la botella de plástico que acababa de apurar y tras unos segundos en los que parecía meditar sus palabras, me miró fijamente y hablando lentamente en un castellano antiguo pero comprensible dijo:

—¡Que Alá me libre del pecado!... Qué extraña vasija..., el cristal es tan fino que parece de pergamino... y no se quiebra aunque se curve al apretar... el agua en cambio, aunque algo caliente, es merecedora de ser servida al sultán. Muchas gracias, noble señor.

En ese momento pareció fijarse en mi persona, empezó a analizarme concienzudamente y, con un gesto de asombro, gruñó.

—Extraño atuendo lleva vuesa merced. No me parece apropiado para visitar a una dama que, aunque anciana, merece el respeto debido.

Sin salir de mi asombro, eché una mirada hacia mi vestimenta y no encontré nada anómalo en mi camiseta veraniega, pantalón corto de senderista, mis gruesos calcetines blancos en mis botas de monte y mi inseparable sombrero tipo «seta» para el sol.

—Pero yo no... —balbucí.

—¡Qué extraño es todo esto! —exclamó la anciana— ¿Dónde están mis aposentos?... ¿Qué ha pasado con los muros?... ¿Dónde está toda mi gente?... ¿Quiénes son los culpables? ¡Alá les negará Su providencia!

—Perdón, señora... ¿Quién es usted?... ¿Cómo ha podido subir, con su edad, hasta estas ruinas tan inseguras?

La anciana, aturdida, se sentó trabajosamente sobre una piedra lisa, junto al muro a la sombra y sin apartar su inquisitoria mirada de mí, con voz grave y solemne sentenció:

—Yo soy Arlaha, la dama de compañía de Zoraya, mi señora. Vivo aquí, en este castillo con mi ama y sus hijos.

Tras unos momentos y con voz temblorosa continuó:

—No sé qué ha pasado con la gente. Ayer, después de la cena, me retiré a mi alcoba a leer a la luz de una lamparilla, un pergamino que me entregó Abú Musa, mi amigo alquimista y lo siguiente que recuerdo es que, al despertar esta mañana, me encontré sola entre estas piedras extrañas.

—Pero señora, ¡eso es imposible!, este castillo fue abandonado por sus defensores hace más de 400 años. Zoraya, bautizada de nuevo como Isabel de Solís, abandonó este castillo mucho antes del levantamiento de Aben Humeya con los moriscos y, que yo sepa, murió en Sevilla hace casi 500 años.

La anciana, mirándome como si fuera un loco, pronunció unas palabras inteligibles y se desvaneció ante mis asombrados ojos.

—Pero... ¿qué es esto?... —me pregunté incrédulo de lo que había visto y oído.

Me moví despacio por entre las ruinas del recinto amurallado, buscando por todos los rincones a la dama, sin encontrar el más mínimo atisbo ni de ella, ni de nada que no fueran restos y escombros.

No sé si lo habré soñado, o con el calor quizás he tenido un desmayo al beber el agua... quizás una alucinación... Pero todo esto es absurdo. ¡Es imposible! ¡Estoy bien despierto!... ¿Me estará pasando lo mismo que a D. Alonso Quijano de tanto leer novelas de caballerías?

Dándole vueltas a las palabras de la anciana, recogí mis cosas y regresé al coche, bajando con cuidado de no resbalar con los cantos sueltos del camino. Creo que dijo llamarse Arlaha, pronunciando la hache como jota. ¡Extraño nombre! No he leído nada de ella en ninguno de los libros que he consultado, ni tampoco se dijo nada de ella en la conferencia. ¿Quién sería?

Llegué a mi casa y busqué el significado de Arlaha o Arlaja. Lo primero que me salió fue una bella melodía interpretada a la

guitarra. Era «Al atardecer en los jardines de Arlaja», de Carlos Pedrell, un compositor uruguayo nacido en 1878. Me pareció muy armoniosa y la dejé sonando en segundo plano mientras seguía investigando.

En una de las páginas que encontré buscando «Arlaha y Zoraya», leí una referencia a un autor del siglo XIX que decía:

En su infancia (Isabel de Solís) padeció alguna extraña enfermedad que se atribuyó al mal de ojo. Se cuenta que su padre, D. Sancho Jiménez de Solís, estaba tan preocupado por perder a su única hija, que pidió ayuda al poderoso Conde de Cabra, D. Diego Fernández de Córdoba. Éste tenía una esclava mora llamada Arlaja, que algunos llamaban bruja, porque conocía las hierbas y sus propiedades, se decía de ella que curaba los males para los que no había remedio. El todopoderoso Conde regaló al padre de Isabel su esclava. Arlaja curó a la joven Isabel y se convirtió en una segunda madre para ella.

¡No me lo podía creer! Arlaha o Arlaja parece que sí que existió y además de ser la cuidadora de Isabel niña, debió seguirla en su cautiverio y posterior elevación al sultanato, ya que, en otra página pude leer que:

Tras su captura, Isabel fue llevada a Granada como un valioso botín. El destino para una joven tan hermosa era el harem real. Dicen los que vieron la reacción del Sultán al verla que fue un amor a primera vista. Muley Hacén, pensó que el mejor modo para que Isabel cediera a sus requerimientos pasionales era separarla de las intrigas y envidias del harem y confinarla en la torre que hoy conocemos como de la Cautiva, acompañada de su dama Arlaja, que tenía

fama de bruja. Isabel de Solís se enamoró de Muley Hacén y se convirtió al islam adoptando el nombre de Fátima Zoraya, que significa Lucero de la Mañana.

¡Caramba!, me dije, aquí puede haber una historia interesante. Rápidamente eché mano a los papeles del conferenciante y rebusqué entre los muchos libros y notas que tenía sobre los habitantes de la Alhambra. Empecé a preparar unas fichas con datos de las tres últimas sultanas que reinaron en la Alhambra islámica.